

Las pestes

Autores:

Lic. Marta Verónica Zubowicz

MN.N* 42892

*“Arguye que no es infinita la cifra de las posibles experiencias del hombre y que basta una sola “repetición” para demostrar que el tiempo es una falacia...” **

El mundo siempre fue complejo y repetidamente nos expuso a situaciones que nos mantenían en vilo, basta señalar las grandes guerras llamadas mundiales, en las que muchos países, como la Argentina, no participaron directamente pero se vieron afectados de distintas maneras y sus secuelas, si bien ha pasado mucho tiempo, todavía persisten en muchas personas y seguirá persistiendo en la historia mundial.

Las grandes conmociones sociales invariablemente dejaron su marca y esta pandemia también lo hará; no saldremos indemnes de ella, algo, o mucho, acabará modificándonos, aunque tan solo sea por la experiencia de haber sido protagonistas de un hecho histórico que paralizó al mundo.

Los testimonios sobre plagas inundan la literatura desde todos los tiempos y en todos sus géneros; figuran en la biblia, en los clásicos griegos, en la historia, en las novelas y hasta en los libros de ciencia ficción, dando cuenta de que es un hecho que se repite y se teme.

Las enfermedades contagiosas fueron una constante desde que el hombre existe, las pestes devastaron las ciudades y al expandirse por distintos territorios dejaron un censo de mortalidad que resulta asombroso e inquietante; sobre todo si se piensa la cantidad de habitantes existentes en otras épocas y se pretende correlacionarlos datos con la actualidad.

La palabra peste deriva del latín “Pestis” y refiere a una enfermedad sumamente contagiosa con alto índice de mortalidad. Si bien, circunscriptamente, la peste se refiere a la bacteria “Yersinia Pestis” se podría tomar la licencia de extenderla a las pandemias que asolaron al mundo a lo largo de la historia incluido el actual Covid- 19.

En cuanto a la historia, una de las primeras pestes que se conoce es la Peste de Atenas, ocurrida en el año 428 AC en la ciudad griega del mismo nombre, que ocasionó una extraordinaria cantidad de muertes, aproximadamente de 300.000 personas en

*Jorge Luis Borges. Ficciones. Emecé Editores. 2005. Pág. 223

los tiempos en que la población total del planeta se presumía en 100 millones.

También en Roma una plaga arrasó con la población en el Siglo II, morían más de 5.000 personas por día llegando a un total de aproximado siete millones de fallecidos.

Sin embargo, la denominada “gran plaga” fue la Peste Negra de 1347, ubicada como la primera expansión de la bacteria *Yersinia Pestis* y cuya consecuencia fue el deceso del sesenta por ciento de la población. La “Peste Negra” afectó al Norte de África, Asia, Medio Oriente ya arrasó con casi todo el continente europeo.

Se sucedieron grandes crisis sociales que afectaron estrepitosamente la vida y la psiquis humana; al mismo tiempo, como sucede siempre que la sociedad se ve conmocionada, incluso la actual, se pretendía buscar explicaciones al caos que los asediaba e intentaban encontrar la causa por fuera del núcleo social; se perseguía y se culpaba a cualquier persona ajena al lugar en el que residían, llegando, por medio de torturas, a obtener confesiones que contenían el propósito de destruirlos.

Curiosamente también se la identifica como la primera guerra bacteriológica ya que para vencer a los ejércitos contrarios enterraban cadáveres contaminados en las ciudades

enemigas con el fin de infectarlos y provocar su muerte.

Las causas, más allá de las dadas por seguras como el intercambio comercial o la transmisión por animales, nunca fueron confirmadas. Las medidas que se tomaron hacían hincapié en la higiene y en la limitación de la circulación de personas y mercaderías. A los infectados se los aislaba en instituciones destinadas a los enfermos (apestados) y al morir su ropa era quemada y se los enterraba en una fosa común que se encontraban en zonas apartadas de la ciudad.

Las consecuencias psicológicas fueron devastadoras; muchas personas se acercaban a la religión entregándose a Dios y expiando sus culpas por medio de castigos que incluían la flagelación; otros escapaban de las ciudades buscando refugio en los lugares que suponían no contaminados al mismo tiempo que iban diseminando la enfermedad. Algunos encontraron otra opción: desconocer las reglas y vivir al máximo, cometiendo todos los excesos posibles antes que la muerte los encontrara; un peligro que se observa en la conducta actual de muchas personas que parecieran no tener en cuenta el riesgo mortal al que se enfrentan.

Se podría continuar describiendo las muchas pandemias que sufrió la humanidad como el cólera, la viruela, el sarampión, la sífilis, etc.

Sin embargo resulta notable que aún estén en vigencia muchas de estas enfermedades del pasado y que, inclusive, hayan ido en aumento; factor preocupante que se suma a las calamidades actuales y hacen prever que sobrevendrán graves daños psíquicos a los que los profesionales de la salud mental tendremos que estar atentos, a causa del virus, obviamente, pero también a causa del encierro, los miedos y el acrecentamiento de las patologías preexistentes que impactaran en la vida psíquica y física de las personas, sumado a ello las perturbaciones que se sucederán en el ámbito económico y de las relaciones sociales que al día de hoy que ya se encuentran suficientemente alteradas.

Dado la pequeña reseña histórica de las pestes es dable encontrar muchas similitudes con la actualidad que llevan a reflexionar sobre la repetición, las consecuencias y los riesgos a los que nos enfrentamos.

El avance de la ciencia y la tecnología nos permiten encontrar respuestas a muchos de los interrogantes que se nos presentan, no sólo como psicólogos sino también como ciudadanos. Sin embargo y en pleno Siglo XXI, con una tecnología de avanzada y comunicaciones interconectadas e instantáneas, nos topamos con la misma incertidumbre que han sufrido nuestros antepasados y que sigue siendo el argumento

más escuchado que hoy esgrimen los pacientes para expresar su malestar.

No obstante, nada de lo que ocurre se puede comparar a situaciones que sucedieron con anterioridad. No existen referencias en cuanto a conducir un tratamiento psicológico en las condiciones actuales; primero: porque nunca se vivió algo igual; segundo: porque la cuarentena obliga a buscar e implementar otros tipos de dispositivos con los que muchos colegas no están familiarizados; tercero: porque no todos tienen la posibilidad de contar, tanto nosotros como nuestros pacientes, con la tecnología adecuada y la capacidad de adaptación a los nuevos medios propuestos.

Mientras que las redes sociales exponen permanentemente métodos y consejos para afrontar el aislamiento social, ofreciendo actividades pagas y gratuitas que ayudaran a soportar el encierro proponiendo espacios de meditación y cursos de todo tipo que van desde las manualidades a los ejercicios físicos, incluso y últimamente, se recomiendan confeccionar “tapabocas”, palabra muy controversial si hablamos de sufrimiento psíquico.

De allí que se hace necesario un espacio terapéutico que alivie la sensación de encierro, de ahogo... y es nuestra profesión la que puede y debe brindarlo.

Las restricciones que se imponen siempre van a causar malestar, un malestar que es propio de vivir en la cultura, enseñaba Freud, que ejerce su control por medio de las prohibiciones obligando a utilizar aquellos recursos de los que se dispone para enfrentarla. Pero no todas las personas poseen los mismos recursos y no todos reaccionan a los hechos de la misma manera, mucho menos si el peligro se presenta como una situación colectiva, angustiante y preocupante pero sobre todo real... y esto hace una gran diferencia a la hora de pensar un tratamiento.

¿Cómo direccionarlo? ¿Desde dónde? ¿Con que herramientas? ¿Con cuales resguardos? ¿Cómo garantizar las no interferencias y establecer la neutralidad en medio de una pandemia que nos azota a todos?

Es probable que las respuestas asertivas se obtengan en el transcurso de estos tiempos nunca mejor llamados virulentos, de la experiencia y del buen ejercicio de la profesión. Quizás, más allá de la gravedad del caso, el dispositivo no difiera tanto de otras situaciones en las que debemos y sabemos sostener la neutralidad, sin consejos, sin directivas ni propuestas, mucho menos consignas. Una escucha flotante y el permitirle al paciente hablar de lo que se le ocurra sin taparse la boca puede ser un tratamiento posible y seguramente saludable.